



La pandemia: Relatos de un atardecer

Camilo Vargas Walteros

La pandemia

Relatos de un atardecer

CAMILO VARGAS WALTEROS

© 2021, Camilo Vargas Walteros.
© 2021, Andrés Felipe Zamorano, por el diseño de portada
Editado por Camilo Vargas Walteros

Licencia: Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0

Esta licencia sólo permite que otros puedan descargar obras y compartirlas con otras personas, siempre que se reconozca su autoría, pero no se pueden cambiar de ninguna manera ni se pueden utilizar comercialmente.

Primera edición: 2021.

<https://milecoscom.wordpress.com/>

camilovawa@gmail.com

Esta obra fue realizada artesanalmente. Escrita a mano y papel.

Posteriormente digitalizada y corregida en un procesador de texto.

Al presente de las emociones

Esta página se dejó intencionalmente en blanco

Preámbulo

Mientras termino de escribir esta segunda parte, en algunas localidades de Bogotá fue decretada la cuarentena estricta por segunda ocasión. Si bien la medida busca reducir los contagios y la ocupación en las UCI, no todo es blanco o negro. Encerrar a las personas sin su consentimiento plantea varios problemas, ¿Las cuarentenas no se aplican exclusivamente sobre personas enfermas?, ¿Las UCI únicamente tienen enfermos por Coronavirus?, ¿Son menos importantes los trastornos mentales generados por este encarcelamiento?, ¿Las decisiones aplicadas por los políticos reflejan la voluntad de los ciudadanos?

Hace poco tiempo un presidente consulto un tema de interés nacional mediante referendo. Para sorpresa de muchos, lo que buscaba el mandatario no coincidía con los intereses de la población. Independientemente de la idea sesgada de los medios comunicación, según la cual cada persona no tiene la capacidad de reconocer lo que es mejor para sí, me pregunto si un individuo no puede cuidarse a sí mismo. Deberíamos escuchar las recomendaciones de entes abstractos y distantes, pero con igual diligencia nos corresponde evaluar sus palabras y acciones, no solo empleando el filtro de la experiencia personal sino también bajo el lente de los seres más vulnerables y las relaciones con nuestros seres queridos.

Prólogo

La idea inicial era escribir un libro sobre los aprendizajes que nos ha dejado el Covid-19. Al comienzo me resistí a la idea porque consideré que todo acerca del Coronavirus había sido relatado. Después recordé varias cosas. Nos ahogamos en conocimiento, pero buscamos desesperadamente sabiduría. A diferencia del conocimiento, la sabiduría no se encuentra en los libros, en los videos de YouTube, en los mensajes de WhatsApp y Facebook o en los informes científicos divulgados por los medios de comunicación. La sabiduría se encuentra en cada uno de nosotros, y aunque es difícil describirla, se puede sentir a través del proceso personal e individual. En ese sentido la experiencia de cada uno de nosotros se encuentra muy desvalorada, bien porque no se puede presentar como un informe científico, bien porque no puede validarse por un panel de “expertos”.

Esa verdad individual la quiero compartir. Mi forma de sentir, pensar y percibir. No es buena o mala. No es mejor o peor. Simplemente es. Representa el valor del ser y lo invaluable de cada uno de nosotros. Si todas las flores fueran idénticas, el jardín perdería toda su belleza. Un jardín es hermoso por la variedad y el momento de cada flor. Cada una de ellas tiene su proceso de florecimiento. Cada etapa de su desarrollo es único e irrepetible.

Desde la infancia he disfrutado la escritura. Los cuadernos han sido testigos de lo que creo, siento y pienso. A veces escribo desde la alegría, el odio, la tristeza, el miedo, la reflexión o la descripción. Cuando leo mis apuntes me veo reflejado en las palabras. Ese ejercicio también lo realizo cuando me veo al espejo, a veces para mejorar la imagen, pero igualmente me pregunto, ¿A quién veo?, ¿Quién soy? Me siento como esa materia en bruto que constantemente estoy puliendo en función de mis decisiones y percepciones.

Hace tres años realicé un cambio importante en cuanto a la escritura. Por primera vez compartí mis palabras, aunque sentía terror de darme a conocer porque tenía miedo de ser criticado, de ser rechazado, de ser diferente. A partir de ese momento divulgue 18 blogs, un libro en Amazon y esta trilogía.

La pandemia, relatos de un amanecer, fue la primera parte de un documento en tres fases. En esa etapa inicial se mostró el esquema general, la visión del bosque. Ahora nos acercamos a uno de los árboles buscando su historia.

Relatos de un atardecer representa la segunda entrega de esa narración. El sol nos da vida y su reflejo nos alcanza a cada uno de nosotros, saca a la luz nuestra esencia, nuestra parte más valiosa. El atardecer es el límite entre la luz y la oscuridad, entre un relato con orden y un relato sin orden, entre lo individual y lo colectivo, entre la certeza y la incertidumbre.

Relatos de un atardecer

Al cerrar la pesada puerta metálica del apartamento sonó un gran estruendo. Descendí por las escaleras a gran velocidad. Cuando estaba en el primer piso me despedí de los guardas de seguridad. Al salir a la calle inicié mi camino. Me sentía un poco extraño. Era como si fuera consciente de ser observado por algo. Era como si me pudiera ver desde una tercera persona. Era como si estuviera dentro de un dron examinando el tránsito de un individuo.

Me desplazaba por el andén. A mi izquierda los vehículos se trasladaban hacia el sur de la ciudad. Al fondo un hermoso atardecer se levantaba sobre el horizonte. La tarde tenía esos tonos naranjas que tanto me gustaban. En la mitad del cielo se encontraban nubes en forma de copos de algodón.

Al llegar a la librería, pregunté por un libro del cual no recordaba su nombre, aunque tenía presente su contenido, era un texto de educación (enseñanza). Cuando el empleado de la tienda me guio hasta la sección de educadores, señaló los límites de los documentos contenidos en esa temática. Era como si fuera capaz de ver una línea que para mí era invisible. Revisé ejemplar por ejemplar, detalle por detalle, pero no encontré lo que estaba buscando.

Al regresar a la caja, le comenté al empleado sobre el contenido del libro, abarcaba el tema de profesores felices. Él busco en su computador y encontró un documento muy similar a mi descripción. Eso era lo que estaba buscando. Solo quedaba un ejemplar en toda la ciudad, aunque podía pagarlo por adelantado y la librería se encargaba de transportarlo hasta esa sucursal.

El funcionario volvió a preguntar. Esta vez salí de los pensamientos y pagué el precio, no estaba dispuesto a desplazarme a un lugar distante, no quería desarrollar el valor de la paciencia. Como no tenían certeza sobre los tiempos de envío, ellos se iban a comunicar para avisarme cuando podía recogerlo.

Mientras veía el partido de fútbol de la selección Colombia revise el celular, tenía una llamada perdida. Marque ese número. Durante la conversación iba escribiendo las ideas que se originaban en otro lugar.

Andrés me sorprendió. Lo había contactado para recibir su apoyo creando la portada de un nuevo libro, y como era tan corto, él me comentó la importancia de que fuera un conjunto con varias partes, una saga. Quede impresionado. Nunca se me hubiera ocurrido algo así.

A pesar de estar en nuestros treinta y cuantos años, había conservado una amistad que había florecido desde hace más de 25 años. Recuerdo como en la época del colegio había escrito un cuento de tres muchachos combatiendo contra un enemigo muy malvado, y frente al cual utilizaban poderes mágicos. En ese

entonces Andrés realizó los dibujos de la historieta y el resultado, un hermoso cuadernillo, todavía reposa entre las miles de hojas que guardo en el armario.

Ese vínculo fue reforzado cuando dos años atrás, había acudido en su búsqueda para diseñar la portada de otro libro. El resultado final de esa creación eran esferas de colores que intentan conseguir un delicado equilibrio entre diferentes barandas. En esta ocasión y para mi sorpresa, Andrés me planteó que, en vez de guiarme por la mente, me dejara guiar por el corazón. Para mí significaba un revolcón interno.

Él conocía la idea del nuevo proyecto. Quería relatar la historia de la pandemia por medio de un relato. El borrador que recibió, fue de su agrado, pero al comentarme la inclusión de más partes al libro, y que esta segunda parte se podía realizar más desde un relato personal, emocional y narrado desde el presente, comencé a sentir náuseas.

Aun así, acepte el reto. Era aprender algo nuevo. Era sentir la escritura a cada paso del camino.

Había terminado de evaluar a todos los estudiantes. Me hacía falta una alumna quien tenía problemas de conexión a Internet. Ensaye tres mecanismos diferentes, pero no podía escuchar su voz y no lograba visualizar su imagen en la pantalla del computador.

Desde el inicio de la pandemia y producto de los encierros, las clases se realizaban desde mi hogar, aunque tanto los estudiantes como yo, nos

encontrábamos en lugares diferentes. Esa situación me llevo a reinventar la forma de dar las sesiones y evaluar a los alumnos, por ejemplo, cambie los exámenes escritos por pruebas orales.

Tome aire. Inhale toda la paciencia a mi alcance. En el peor de los casos, si la estudiante no se podía conectar, la evaluación se aplazaba para otro momento del día. Más adelante habría menos personas conectadas y la conexión sería de mejor calidad.

Ese mismo día fui a comprar cuadernos en una papelería. Valoraba las hojas de papel como si fueran el tesoro máspreciado. Desde hace tiempo la escritura me había permitido desahogar las emociones en un entorno de intimidad y confianza. A partir de las cuarentenas y producto de la desaparición de las clases presenciales, el mayor uso de computadores condujo a una menor demanda de cuadernos. En ese sentido la escritura electrónica estaba reemplazando a la escritura en papel.

Cuando termine las compras en la papelería y esperaba en la fila de pago, la paciencia fue puesta a prueba nuevamente. La señora que estaba más adelante, tenía puesta una careta de plástico sobre la cara, al igual que quienes las emplean en la fundición de metales. Esa persona utilizaba guantes para presionar los botones de una terminal electrónica que le permitía pagar con una tarjeta de plástico. Ella no lograba finalizar su transacción y en varias ocasiones repitió lo que en otros tiempos hubiera tenido menor complicación.

Después de una eternidad, la señora se alejó de la caja. Mostré los billetes y monedas, recibí la factura y me retiré de la tienda en tiempo récord. El Coronavirus rondaba en el ambiente, pero confiaba plenamente en los cuidados que le brindaba al sistema inmune, por ejemplo, una adecuada alimentación. Por

estos motivos tenía la certeza de coexistir pacíficamente con ese ente imperceptible a los sentidos.

Esa tarde un taxi nos dejó enfrente de una casa antigua. Nos dieron indicaciones para ingresar por la puerta trasera. Cruzamos la entrada, mi prima se encontraba sentada en una silla blanca de plástico, tenía puesto un tapabocas con un símbolo de colores. La saludamos. Había pasado tiempo desde la última vez.

Se acercó una enfermera que tenía puesto un traje azul claro, le cubría todo el cuerpo, incluso sus zapatos. Su gorro de baño y mascarilla no ocultaban su tez morena endulzada con una agradable sonrisa.

Mi madre aprobó el ritual de ingreso. Daba vueltas como una licuadora mientras le rociaban una especie de aerosol, posteriormente le tomaron la temperatura en su muñeca. Más adelante yo realicé el mismo proceso.

Al final del corredor, otro familiar se asomó por una ventana. Tenía el mismo traje de astronauta de la enfermera, pero su mascarilla era de color rojo intenso. Nos saludamos. Mi madre le recordó amablemente la finalización de su visita.

Ella entró a la habitación. Esperé a la distancia. Al cabo de un momento me anime a pasar. Veía a la abuela. Estaba envuelta en otro traje azul. Dedicaba todos sus esfuerzos en quitarse los guantes de plástico, aunque en cada intento recibía un llamado de atención de la enfermera.

Cuando la abuela recibió la bebida oscura del pony junto con un pastel gloria relleno de arequipe, su rostro se iluminó. La comida era su tesoro máspreciado.

Masticó como si no hubiera un mañana. A veces me preguntaba si realmente saboreaba cada bocado o ejecutaba un acto instintivo.

Sus 97 años reflejaban no solo su piel desgastada, su pelo blanco sino también su pérdida de memoria. Su pasado lejano lo recordaba con lujo de detalles, pero los hechos recientes los olvidaba por completo, ojalá todos tuviéramos esa capacidad, la virtud de honrar nuestro pasado, no para quedarnos anclados a una situación particular sino para aprender y no cometer los mismos errores.

La abuela tenía un gran sentido del humor del cual probablemente era inconsciente. Hacía comentarios con la espontaneidad de un niño. En cada inhalación y exhalación compartía la fragilidad de los infantes.

Cuando la enfermera regresó, nos comentó que máximo la dejaban una hora sin respirador, y con nuestra visita ya estaba jugando tiempo extra.

Nos despedimos de nuestras raíces. En el cielo se veía un hermoso atardecer.

Pregunte por ella. La recepcionista indico que debía esperar un poco más. Mientras daba paso al tiempo, observé el piso con detenimiento. Era un ajedrez de color café con patrones repetidos. La ausencia de piezas era evidente.

Por fin salió. Sus pelos recién bañados y cepillados. Su olor a talco. El atuendo brillante en el entre cejo. La pañoleta rojo anaranjada con una figura fantasmagórica de tonalidad blanca. Era la representación de la belleza humana en cuatro patas. Ella respiraba con total libertad tanto por su hocico como por su boca.

La tome por la correa fucsia. Estaba algo alterada, aunque percibía su alegría. Me despedí de la asistente y me retiré del lugar.

Transite el mismo camino de ida. Analizaba y me anticipaba a sus movimientos. Macarena era muy rápida y su olfato detectaba cosas imperceptibles. Me preguntaba si podía reconocer las diferencias entre virus y bacterias.

A veces se acercaba a un matorral que encontrábamos en la calle. Olía cada esencia de un compañero que tiempo atrás había dejado un mensaje en la eternidad del aire. Era una forma de comunicación más avanzada que no requería de palabras y elementos electrónicos.

Después de descender por la rampa metálica me encontré con la entrada del sistema de transporte público. Habían pasado 7 meses desde la última vez. Esta situación era una novedad toda vez que la mayoría de las veces me desplazaba en los buses rojos con letras blancas. Tenía miedo de lo que podría ocurrir. Si bien sentía temor al contagio, quería enfrentar ese sentimiento.

Camine hasta las máquinas que registraban el pasaje. Al colocar la tarjeta verde, el lector indico \$2500 pesos colombianos recordando el incremento de \$200 pesos desde la última vez. Continúe el recorrido hasta llegar a las puertas móviles de vidrio, al abrirse, ingrese al bus que me llevaría a mi destino. Dije adiós a ese espacio con techo metálico y piso de concreto.

El interior del bus estaba más desocupado de lo que esperaba. Busque una silla donde sentarme. El articulado se movía suavemente a una velocidad constante.

Contemplaba los alrededores. Una persona con problemas de visión sostenía un palo metálico en una de sus manos, su mirada parecía concentrada en otro planeta.

Al cabo de un tiempo entró un vendedor. A diferencia de muchos otros, él no promocionaba productos comestibles, cuadernos o música en vivo; nos mostraba como la economía informal se había adaptado a la pandemia. Presentaba un producto que podía ser utilizado como cauchera, al igual que permitía jalar el tapabocas de forma que las orejas de quien los usaba, no sufriera por sostener ese peso adicional. El vendedor estaba vestido de forma elegante, con traje de saco y corbata.

Al frente veía a un padre y su hijo. El pequeño estaba concentrado en el juego del celular, escuchaba su alegría, pero no reconocía su sonrisa. El niño contrastaba con una muchacha que me llamaba la atención. Se encontraba de pie a mi costado derecho, tenía una bonita figura con unos jeans ajustados y cola de caballo.

De vez en cuando examinaba mi celular para tener certeza de la estación en la que me encontraba. Sabía el momento en el cual debía retirarme, aunque quería entender la ruta que me conduciría a mi destino.

En el transporte público todos llevaban puesto un tapabocas con la excepción de un policía que estaba sentado y custodiaba unas bicicletas de color verde radioactivo. La Ley se mezclaba entre aquellos que buscaban su sustento. Ante la sorda mirada del guardián, una madre inmigrante ofrecía bolsas para la basura mientras tomaba de la mano a su pequeña hija. Quienes se apiadaban de ellas les entregaban monedas de salvación.

Al salir de la estación comencé a caminar hacia la meta. Conocía la dirección, pero no me dejaba guiar por las placas de los edificios sino por el mapa virtual del

celular, el cual mostraba mi posición con un pequeño margen de error. Transité frente a un gran local donde se habían realizado varias ferias del libro. La naturaleza me saludaba a cada paso, el oleaje de los altos y delgados arboles era la melodía de mi corazón.

Me perdí un poco. Llame al lugar para recibir instrucciones detalladas. Posterior a unos ajustes arribe a la gran casa blanca con un solar.

Al bajarnos del vehículo, papa y yo teníamos puesto el tapabocas. El restaurante que una vez habíamos visitado ahora atendía una fracción de sus clientes. No solo habían desaparecido sus consumidores, el lugar también era de menor tamaño.

La entrada tenía un lavamanos con un dispensador de jabón espumoso. Debíamos cumplir el ritual de aseo si queríamos ganar el derecho a recibir un desayuno. Posterior al lavado de manos, una empleada nos tomó la temperatura con una pistola electrónica. Primero intentó colocarme el termómetro en la parte opuesta de la muñeca y después me ubicó el aparato en el cuello. Para terminar el ritual, nuestros zapatos pisaron un tapete con jabón líquido. El virus nos condujo a ser muy aseados y obsesionados con la limpieza.

Lo que no había cambiado era mi apetito. Pedí la comida de siempre, chocolate caliente (en agua), huevos revueltos con tomate y cebolla, jugo de naranja, caldo de costilla (sin carne), queso, y como recompensa, arepa boyacense junto con un recipiente con miel para llevar. Al llegar a la mesa nos quitamos la mascarilla y consumimos los alimentos. Aproveché la ocasión para preguntar por la historia

de la familia paterna. Por el lado de la abuela eran oriundos de la Guajira, mientras que los ascendientes del abuelo vivieron en Santander.

Regresamos al vehículo. Pasado un tiempo de recorrido alcanzamos nuestro destino. Era una roca gigante. Desde hace 5 años visitábamos el lugar y para mí se había vuelto más que una excusa para salir de la rutina, un momento para valorar la naturaleza y centrarme en mí.

Comenzamos el ascenso. Seleccionamos el camino fácil, el cual se podía realizar a través de una leve pendiente. Cerca de nosotros se encontraba el camino difícil. Este último era el preferido de los escaladores profesionales, quienes llevaban un equipo de herramientas que les permitía subir paredes de 90 grados de inclinación.

Cuando estábamos caminando nos quitamos el tapabocas. Necesitábamos respirar ese aire puro, ese aire que no se encuentra en la ciudad. En esos instantes fuimos armónicos con la naturaleza, ningún ser vivo con excepción de los humanos, utiliza mascarillas; era señal de la propagación generalizada de miedo y desconfianza hacia el entorno.

Trascurrido el trayecto de mayor dificultad, me detuve un momento. Me quité las medias, los tenis y comencé a caminar descalzo sobre la roca. A veces la sensación era agradable, aunque en otras ocasiones las diminutas rocas me tallaban la planta del pie como si fueran mini chuzos. En otras situaciones sentía una almohadilla cuando me desplazaba sobre una especie de arena que se había depositado sobre la roca.

A veces perdía un poco el equilibrio, pero como había atado los zapatos al morral, que llevaba a mi espalda, los brazos me servían como puntos de balance. Dentro de la mochila había guardado un impermeable, gafas de sol, un

bloqueador, botellas de agua, ropa interior, una camisa y medias. Todo por si acaso.

Durante la aventura encontramos una planta que atraía a los insectos con un dulce néctar y después de atraparlos, se transformaban en su alimento. En nuestro camino saludamos a unos ingleses que estaban escalando por la parte más inclinada. De regreso me coloqué nuevamente los zapatos y medias con lo cual el descenso fue relativamente más sencillo.

Finalmente recorrimos la plaza central del pueblo que se encontraba cerca de la gran roca. Por segunda ocasión entramos a un almacén en donde conseguimos una camisa café, unos guantes de lana y un jabón con olor a canela.

Estaba haciendo mucho frío. En la última semana las nubes no habían dado su brazo a torcer. La lluvia incesante y las ráfagas de viento habían reducido la temperatura sustancialmente. A diferencia de otras ocasiones, tenía puesto el tapabocas por encima de las fosas nasales, no tanto por evitar el Coronavirus, sino por frenar el viento frío y su efecto debilitante sobre el sistema inmune.

Esa noche recorrimos un lugar con forma de T. En ese sitio se agrupaban diversos bares y restaurantes de comida. Ahora se percibían los cambios. Las entradas peatonales estaban delimitadas por vallas metálicas y resguardadas por personal de seguridad (supongo que querían verificar el uso de mascarillas).

Donde antes había espacio para caminar, ahora los establecimientos colocaban mesas al aire libre y en casos exóticos, pequeños iglúes de plástico transparente protegían a los comensales del anochecer.

En el piso las señales azules marcaban la distancia mínima que debía mantenerse entre quienes esperaban en fila para entrar a comer. Bajo una mirada superficial, la Economía no se había afectado por los encierros, cada lugar estaba rebosante de clientela, y las multitudes mostraban como la demanda superaba a la oferta, pero todo era una ilusión, esa mirada estaba sesgada por el hecho de que el distanciamiento entre clientes en realidad revelaba una menor densidad poblacional, es decir, transitaban menos personas en el mismo espacio.

Mi amiga quería entrar a un Centro Comercial que se encontraba en las proximidades. Aunque había visitado el lugar en múltiples ocasiones, resultaba irreconocible. El acceso estaba restringido a una sola entrada. Al momento de pasar las puertas, el personal de seguridad nos explicó el nuevo ritual, debíamos saludar a dos máquinas. En el primer aparato colocamos las manos mientras eran fumigadas por un spray inodoro, estábamos sucios y necesitábamos limpiar nuestros delitos. El segundo dispositivo, un celular disfuncional, tenía la importante tarea de medir la temperatura, necesitábamos tener certeza de ser tan fríos como los muertos. Orwell no se había equivocado, el control sobre la ciudadanía había alcanzado niveles nunca antes vistos, pero todo era por nuestra salud. Papa gobierno en su infinito conocimiento aplicaba el amor de las máquinas y el miedo al contacto bajo la excusa de ser vanguardista.

Al interior del Centro Comercial, la fría decoración navideña con ardillas gigantes, osos de otros mundos y brillo artificial, daban la impresión de un cierre

de año como cualquier otro. La navidad nos haría olvidar las cuarentenas y preocupaciones, no obstante, al ir caminando nos dimos cuenta como el cierre de negocios por falta de clientela, mostraba otra realidad; la destrucción de la Economía y la pérdida de puestos de trabajo. Incluso había desaparecido un local que vendía pequeños rectángulos de colores, los cuales permitían construir cualquier figura dada por la imaginación.

Esa desolación también la sentí cuando al finalizar nuestro recorrido, entramos a un bar-restaurant que había sido habitual de celebraciones y puntos de encuentro entre compañeros de la Universidad. El anfitrión del lugar nos preguntó si teníamos reserva, acto seguido nos entregó un cartón con un código QR para que lo escaneáramos con el celular. Ese indescifrable código nos permitió diligenciar nuestros datos personales y de paso autorizar nuestro ingreso. Me preguntaba si la tecnología se adaptaba a nosotros o si nosotros éramos quienes nos sometíamos a esa modernidad.

Después de bajar las escaleras, el restaurante que una vez estaba rebosante de personas ahora parecía un cementerio. En la intimidad del lugar los meseros transportaban unos platos y la vista revelaba una bajísima ocupación (a buen ojo el 10% de las mesas tenían clientes, pero también había que considerar que una parte de la clientela realizaba pedidos a domicilio). La conversación de dos parejas y un grupo de amigas acompañaban una sinfonía de suave rock-pop. Las mascarillas se podían quitar del rostro cuando estábamos sentados en la mesa. El empleado nos indicó que debíamos descargar una carta virtual. Donde antes había papel ahora florecían bits de datos.

6:35 AM. El portátil en préstamo de la Universidad no se conecta a la red Wifi del apartamento. Intento con el computador personal y a diferencia de otras veces no logro acceder a Internet. Comienzo a preocuparme. Respiro con rapidez. Reinicio el rúter, pero ninguno de los dos equipos reacciona.

6:40 AM. En el armario encuentro un morral dentro del cual puedo guardar los ordenadores. Le escribo a mama a través de la mensajería instantánea del celular.

Desde que se dio inicio a los encierros, las clases se realizan por medios virtuales. El proceso de adaptación había funcionado hasta ahora, si bien en ese preciso momento, el mundo irreal se derrumbaba ante mis ojos sin dejar rastro.

A la velocidad de la luz me coloco unos jeans junto con un saco verde esmeralda. Me ajusto el tapabocas para cumplir el ritual de las autoridades sanitarias, aunque permitiendo que la vida entrará y saliera de las fosas nasales. Debía recorrer un kilómetro en menos de 10 minutos.

Cerré la puerta del apartamento y al llegar a los ascensores presioné el botón, no obstante, el elevador había descendido a recoger a unas personas en el primer piso. Sin pensarlos dos veces comencé a descender los 7 pisos por escaleras. Internamente oraba para que las rodillas fueran capaces de soportar los impactos a esa velocidad.

Al salir del edificio inicié el trote. Pasé la primera calle y observé un automóvil idéntico al de papa. Miré dentro del vehículo y distinguí a un señor de mayor edad,

pero producto de la miopía no podía confirmar si se trataba de él. Dada la premura de tiempo continúe el camino.

Cada cierto tiempo me detenía para tomar un poco de aire. Esas pausas me hacían valorar el amanecer del sol. Sus rayos me abrazaban. Era la expresión del amor más grande y distante posible.

Transité por unos altos y frondosos eucaliptos, cuyos pies estaban envueltos por una cama de ramas caídas.

Crucé el estrecho puente de cemento que se encontraba sobre un canal de lluvias.

Mire rápidamente el parque contiguo a una estación de bomberos. Una pequeña cancha de microfútbol y basquetbol junto con unos coloridos juegos de niños, completaban el lugar. Brevemente imagine a Macarena disfrutando de su naturaleza.

Posteriormente alcance mi destino. Había un tapete para limpiarse los pies y un recipiente con gel. Recordaba las medidas que fueron aplicadas para contener el virus, pero en última instancia servían para propagar el miedo con mayor efectividad.

Al abrir la puerta del apartamento. Macarena comienza a ladrar. Se acaba de despertar y piensa que soy un intruso. Poco a poco me reconoce y se lanza a saludarme. Su cola se mueve como una turbina de avión.

Para mi fortuna mi madre tenía todo listo con lo cual inicié la clase a tiempo.

Ese jueves regresé a la Universidad. Cuando caminé por la calle de enfrente, observé varios edificios con letreros en busca de arrendatario. Las oficinas de registro académico y las áreas administrativas habían sido trasladadas al inmueble en propiedad de la Universidad.

En la entrada detalle los cambios. Lo que antes florecía con vida estudiantil ahora guardaba total silencio como un desierto. Los vigilantes verificaban el correcto lavado de manos con agua y jabón. Posteriormente me tomaron la temperatura con una pistola eléctrica. Seguidamente espere en un asiento.

La última barrera de ingreso eran unos molinos similares a los que se encuentran en la entrada del transporte público, pero a diferencia de estos, tenían un dispositivo con una pantalla en la parte superior. La máquina registraba una foto de la cara para realizar la identificación biométrica. En la imagen se mostraba la temperatura junto con la comprobación del correcto uso del tapabocas.

Antes de la pandemia, el único requisito para ingresar era presentar el carnet de la Universidad, aunque ahora parecía como si el Covid-19 hubiera puesto en marcha una capacidad sobre humana para reconocer quien tenía el virus. En ese sentido la paranoia se había vuelto la nueva normalidad.

Ese ritual se debía realizar todos los días junto con el diligenciamiento de una encuesta de salud, la cual más que preguntar por los hábitos alimenticios se asemejaba más a una declaración de si había estado en contacto con sospechosos de portar el virus. Era como si una agencia secreta quisiera saber si había estado

en contacto con pecadores, agentes del partido comunista o terroristas potenciales. La Historia tiende a repetirse con diferentes matices.

Cuando alcancé el segundo piso, encontré a los empleados de recursos humanos, y en el sexto nivel encontré mi antiguo casillero. Después de recoger las pertenencias me indicaron que debía retirarme, de esa forma evitaban aglomeraciones.

Como había vivido 5 años en ese lugar, decidí ir a una pastelería francesa que se encontraba muy cerca de la Universidad. Ahora debía emplear un código QR para descargar el menú en el celular. Pedí un éclair de chocolate y un chocolate caliente. Su sabor me transportó a la primera vez que estuve en ese sitio. En ese entonces las mesas estaban juntas, las personas compartían sus confidencias y sus gérmenes, la alegría y la tristeza inundaban el lugar. Abrí los ojos. Ahora solo había dos clientes. Las mesas estaban tan distanciadas que podía jugar una ronda de tejo.

Afortunadamente pude disfrutar de ese dulce sabor por última vez.

Cuando terminé la videoconferencia con la Decana me sentí más tranquilo. Había cerrado mi vínculo con la Universidad y el proceso de dar clases por cerca de 15 años. Si no hubiera sido por la pandemia esta decisión no la hubiera tomado en tan corto tiempo. Durante 2020 y como consecuencia de las políticas gubernamentales, estuve más tiempo frente al computador como nunca antes. La cantidad de clases era tan abrumadora que olvide los motivos por los cuales me gustaba la docencia.

Las restricciones en la formación de aglomeraciones destruyeron buena parte de las relaciones sociales. Ahora los estudiantes no encendían las cámaras de sus computadoras porque no querían mezclar su mundo personal con el mundo académico, lo cual era entendible, pero al hacerlo, sentía que la enseñanza se había transformando en la lectura de un monólogo frente a una pantalla.

Para los cazadores recolectores era esencial interactuar con el otro. Se reunían alrededor de una fogata para compartir su última caza, su última anécdota, su última mirada. Lejos de ser una sociedad perfecta, nuestros tatarabuelos nos mostraron la importancia de conectar con nuestro entorno, los demás seres humanos y la naturaleza. En contraste a lo anterior, en el presente tenemos tanto miedo a la interacción humana que consideramos a las vacunas y la inteligencia artificial, como soluciones a problemas derivados de nuestra esencia.

Paradójicamente los encierros también me enseñaron el valor de las conexiones humanas, y más aún cuando en el presente, la interacción personal por medios virtuales amplía la distancia física, emocional y temporal. Cuando renuncié a la Universidad me comuniqué por celular con quienes había desarrollado un vínculo afectivo. Conversé con jefes, compañeros de trabajo y personal administrativo. No pensé las palabras, simplemente deje hablar al corazón y al hacerlo de forma auténtica, sentí al otro a mi lado, no era porque tuviera una imagen virtual del otro, sino porque a pesar de la distancia, apreciaba una parte del otro que ningún computador podía simular, tal vez era su espíritu, la esencia indescriptible de cada ser humano, nuestra indivisibilidad, aquello que nos hace individuos.

Al terminar cada llamada y soltar cada relación desde la gratitud, me di cuenta que los demás necesitaban esa llamada incluso más de lo que yo creía. Me sentí

en paz conmigo mismo cuando dejé los pensamientos en libertad y centré la atención en las emociones. Era el equilibrio entre dos polos opuestos, inseparables y arraigados en mi interior.

Al caminar en manada, observamos un parque lineal a nuestra derecha. Más adelante encontraríamos un lugar lo suficientemente amplio para sentarnos. Primero extendimos un gran mantel de color azul claro, parecía un gran manto en el cual se podían arropar a muchos bebés. Posteriormente colocamos una bebida, un canelazo, el cual se encontraba en un recipiente de plástico que bien podría almacenar agua o gasolina. Entregué los redondos panes de harina con arroz y coco. Era una actividad comunitaria. Cada individuo compartía sus relatos y raciones de comida. La naturaleza nos rodeaba, nos resguardaba, nos alimentaba.

Estábamos despidiendo el día y dando la bienvenida al anochecer. El calor se retiraba para darle paso al frío.

Esa tarde pude ver sus rostros a la cercanía de la distancia. No solo nos quitamos los tapabocas, sino que cada persona mostró su lado más genuino, sin necesidad de máscaras, sin necesidad de vacunas, sin necesidad de transgredir nuestro interior. Por eso me sentía cómodo, porque podía ser sin necesidad de aparentar, porque podía estar sin necesidad de permanecer en otro lugar. Confiaba en los demás y los demás confiaban en mí.

Interludio

Estaba en un parque. Caminé con firmeza. Me detuve.

Inhalé y observé una mujer de color azul claro.

Junto a ella se encontraba una compañera de color fucsia.

Continué el recorrido. Todavía sentía su presencia, pero ahora el azul no era tan intenso y el fucsia era más tenue.

Pude ver como la senda de colores siempre estaba presente.

La mujer y su mascota permanecían eternamente en ese lugar.

Me detuve un poco. El aire me buscó.

Me conto historias de un lugar lejano.

Relató caminos que otros habían recorrido.

Sentí sus alas.

Valore su libertad.

Te veía. Una parte tuya irradiaba un rojo intenso.

Estabas en todo el parque.

Tú esencia recorría ese tiempo.

Nunca te fuiste. Siempre estuviste.

Caminé rápidamente. Olfateé el anochecer.

Sentí su llamado.

Aspiré su fragancia.

Me deleitó su sinfonía.

Me preguntaba si podías sentirlo. Si estando sentado veías todos los colores, todos los matices, todos los momentos.

Eras un arcoíris.

Eras un festival interno.

Esta historia continuará....

Agradecimientos

Doy gracias a las emociones y sentimientos. Me envían señales en cuanto a si me estoy acercando o alejando de lo que creo ser. Aunque no soy las emociones que siento, estas me permiten crear, reforzar o destruir los vínculos con los demás seres humanos y la naturaleza. Me permiten vivir.

Reconozco el valor de sentir, comprender y equilibrar esas emociones en el eterno presente.